

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTOYESCO DE LITERATURA.

NUM. 383

MADRID 10 DE FEBRERO DE 1844.

SEGUNDA SERIE.



GRANDEZA Y DECADENCIA

de

CRISTOBAL I,

SARGENTO DEL REGIMIENTO DE SEGOVIA.

El hombre de grueso vientre. Brum! Brum! Brum!

La trágica. Heu! Heu! Heu!

El hombre del grueso vientre. Hace una hermosa mañana. ¿Esta señora no teme al mar?

La trágica. No señor, estoy acostumbrada á los viajes.

El hombre. Esa voz no me es desconocida.

La trágica. Creo haber oído la vuestra en alguna parte.

El hombre. Sin duda me engaño.

La trágica. Es imposible....

El hombre. Si yo pudiera ver un lado de la boca.....

La trágica. Si yo pudiera distinguir el lado izquierdo de la frente.

(El día empieza á aparecer).

El hombre. Oh! cielo, la señal de hermosura al lado de la boca!

La trágica. Creeré á mis ojos? la puñalada en la sien izquierda.

El hombre. Ella es!

La trágica. Es él!...

El hombre. Coscolina!

La trágica. Lavradi.

(No caen el uno en los brazos del otro).

Cuando hubieron pasado algunos momentos en

examinarse mutuamente, ambos se sentaron en un banco.

Na hay en pie consuelo para los grandes infortunios.

—¿Eres tú, dijo la Coscolina, á quien despues de cinco años de ausencia vuelvo á encontrar en alta mar, y con un vientre tan grand?

—¿Eres tú, respondió Lavradi, la que vuelvo á ver contemplando la venida de la aurora con unas mejillas tan llenas?

— Ay! replizó Coscolina apoyando en esta palabra.

— Con una talla como la tuya no puede uno enternecerse.

— Quién no se esternecería en este momento? ¿Qué se han hecho tus hermosos ojos y tus negros cabellos, Lavradi?

Han ido á juntarse con tu cutis tan fresco, tu pierna tan torneada, y tus espaldas tan blancas, Coscolina.

— Si supieras lo que me ha sucedido desde el día en que predijiste á un hidalgo español que sería rey.

— Se llenarian muchos volúmenes con mi historia desde la noche en que despues de haber bailado la matraca en Méjico me dejaste para venirme con un torero á España.

— Sabe que al día siguiente....

— Cuántos días han venido despues de aquell

No, Coscolina, no quiero saber mas. Solamente los que inventan gustan de cantar. Tú no has de decirme la verdad... además yo se muy bien que la historia de una muger es la de su hermosura.

— Mucho te amaba sin embargo.

Amor! ambicion! dejemos esas palabras de la juventud que se paga de palabras. Nada tengo ya que esperar de las mugeres ni de la fortuna: mi vientre está lleno.

Y diciendo estas palabras Lavradi se dió con orgullo dos ó tres palmadas sobre el abdómen.

—¿Qué vas á hacer en Barcelona? prosiguió Coscolina.

— Nad. bueno, respondió Lavradi; soy criado de un sábio, es lo mismo que decir de un poeta. Mi amo cree haber inventado un barco que navega sin velas ni remos: va á hacer una experiencia delante del virey, y voy á unirme con él. Ese hombre está loco, le sirvo por curiosidad, y porque un criado como yo debe servir á semejante amo.

— Y yo voy á hacer papeles de heroina en las tragedias, cosa muy triste por cierto para una antigua bailarina. ¿No es cierto, Lavradi? Ah! castañuelas mías ¿dónde estais?

— Otro pretexto para enternecerte! Tendré al fin que abrazarte, Coscolina?

— Ah, Lavradi! dijo Coscolina suspirando.

En el momento en que Lavradi pasaba un brazo alrededor de la trágica cintura de Coscolina se dejó oír una violenta detonacion, y una bala vino á alojarse en el casco algo carcomido de la Santa Trinidad.

Es absolutamente necesario que volvamos atrás para asistir á la toma de posesion de la isia del Rey, por la nueva guarnicion.

Desde que se anunció de lo alto de los baluartes la llegada de la barca libertadora, un grito de alegría hizo resonar los ecos de la isia. Los soldados separados del resto del mundo manifestaban su alegría en el momento de volver á entrar en él. Cuando se amarró la barca á la orilla, cuando el puente leya dize dió libre paso á los alabarderos de Cristóbal, el sargento gobernador de la isia salió apresuradamente á recibir á su sucesor para transmitirle sus poderes con la invariable consigna de oponerse al desembarco de los moros. Don Cristóbal cumplió con aire distraído todos los preliminares indispensables, y la guar-

nición fue relevada con todas las formalidades de la etiqueta militar. Después empezaron las preguntas de todas especies. Los soldados querían saber lo que pasaba en el mundo desde que no hacían parte de él. El sargento preguntó á su compañero; pero don Cristóbal, abismado en profundas reflexiones, apenas se dignó contestarle. Toda su persona afectaba un aire de superioridad y de desden que hasta entonces no se había visto en él: sin duda que una cosa extraña pasaba en la cabeza de nuestro héroe.

— ¿Qué diablo tiene vuestro sargento? preguntó el otro sargento á Trifon Ruiz; lo encuentro hoy muy extraño.

— Es que hoy respondió el cabo ha rehusado al ministro por la décima vez el despacho de oficial al último vástago de la casa de Armenta, la mas ilustre de toda la Mancha: es una injusticia horrorosa.

— Veinte hace que yo solicite en vano el mismo favor.

— Pero vos no sois un Armenta, y Palenzuela, y Mendoza, y Cortes, y Morales.

— Verdad es, yo no soy mas que sobrino del barbero del conde-duque.

— Entonces tendréis vuestro nombramiento.

— A lo menos no escogeré el día en que me lo nieguen de nuevo, para hacer el desdenoso con mis compañeros, y darme los aires de capitán general.

— En el infuortuio es donde se conocen los grandes corazones. ¿Creeis que hubierais pasado impunemente sin saludar, por delante del invencible Cortes; el visabuelo de don Cristóbal, el día en que el rey Fernando retiró su gracia al conquistador de Méjico.

— Dejemos eso, cabo Trifon, cada uno ve las cosas de su manera. Deseo que el mal humor del sargento no recaiga sobre vos. Si le niegan otras dos ó tres veces el grado que solicita, os vereis obligado á besarle la mano, y á ponerlos de rodillas como delante del rey. Adios, cabo Trifon: felicidad, y buena pesca. Toda mi gente está ya en la barca: á las seis en punto beberé á la salud de don Cristóbal Armenta y Palenzuela, y Mendoza, y Cortes, y Morales un vaso de vino en la hosteria del virtuoso Ignacio Saboya. ¿No me decís nada para él?

— Que tenga vino del mejor, señor sargento, y una criada menos arisca.

El sargento que hacia la corte, aunque sin resultado, á la criada de Saboya, no juzgó á propósito replicar. Que necio es este Trifon, murmuró tomando el camino de la playa. Todo lo que hace su sargento está bien hecho. Si le ocurriese á don Cristóbal presentarse en cueros á la parada, Trifon vendria tambien sin calzones; si Cristóbal se muriera, seria necesario enterrar á Trifon. Es enteramente la amistad del perro con su amo, ó de Sancho Panza con don Quijote. Gracias á Dios que no nació en la Mancha!

Dando gracias al cielo en estos términos el sargento entró en la barca, y don Cristóbal se encontró absoluto dueño de la isla del Rey.

El primer uso que hizo de su poder fué pasearse con paso grave é impudente en la plataforma de la ciudadela desde donde la vista se extendia á lo largo sobre el mar. Su frente estaba envuelta en la misma nube que la asombraba desde que recibió el fatal despacho. Graves pensamientos le ocupaban al parecer: pensaba sin duda en los medios de dar nuevo lustre á sus blasones á pesar de los esfuerzos de sus enemigos. Interrompió un momento su paseo y movió los dedos de la mano como si quisiera hacer una cuenta: después veremos lo que contaba. Cuando terminó su cálculo una sonrisa de satisfacción se pintó en sus labios, y sus ojos brillaron con el fuego mas vivo. Levantó la cabeza con dignidad y en su entusiasmo respondió á la voz de Trifon Ruiz que lo llamaba hacia tiempo para presidir la cena: Vengo!

— Como hombre prevenido hizo Trifon trasportar á sitio seguro las provisiones del mes; pero le faltó tiempo para que bajaran á la bodega un barril de vino que se ostentaba en medio del comedor, ó mejor dicho del cuerpo de guardia. A otro lado un astillero para las armas, al otro una perchera para los utensilios de la pesca; en el techo una lámpara pendiente de una cadena de hierro; una estampa de la Virgen sobre la puerta de entrada, y un tablado en el fondo; tal era el amueblado de esta sala, que en mejores tiempos servia de sala de recibimiento al gobernador. Trifon y los cuatro alabarderos se habían colo-

cado al rededor de una mesa de pino, cuando con paso grave y solemne vino el sargento á ocupar la cabecera.

Una excelente sopa de pescado, producto de la pesca de la guaricion precedente, y la única cosa que sentia dejar al salir de la isla humeaba en una ancha cazuela, y varios jarros que el vino recientemente coronaba todavia de brillante espuma, flanqueaban las dos estremidades de la mesa. Los convidados esperaban para llenar gerárquicamente sus platos y sus vasos que el sargento echase la bendicion. Un silencio lleno de ansiedad reinaba al rededor suyo sin que don Cristóbal pareciese comprender esta muda súplica, ni nadie se atreviese á interpellarlo; Trifon solamente tuvo el valor que dá el hambre.

— Señor sargento, dijo con voz insinuante, veo allá abajo una dorada que aspira al honor de que la gustéis. La dorada es un excelente bocado. ¿No es verdad, muchachos?

— Famoso, digeron en coro los alabarderos.

Don Cristóbal acercó maquinalmente su plato, un instante después la cazuela pasaba de mano en mano y volvió vacía á su puesto: pocos minutos después ya no habia sopa en los platos ni vino en los jarros. Trifon Ruiz levantó entonces la cabeza y vió que el sargento no habia llevado una sola eucharada á la boca. Habitado á las extravagancias de don Cristóbal, al cabo no habia hecho reparo en su tristeza, y entonces fue cuando empezó á alarmarse. Según él, era menester que fueran muy grandes las penas para no tomar la parte que le tocaba de una durada que se debía regar con excelente vino de Oviado. La negativa de un despacho de oficial no le parecia razon suficiente para desdenar tal regalo; pero en el momento en que iba á informarse de los motivos que obligaban á don Cristóbal á renunciar á la sopa de pescado, cuando este le dirigió con viveza esta pregunta:

— ¿Sabéis, cabo Trifon, el año, el mes y el día en que nos hallamos?

— Señor sargento, respondió Trifon admirado: si no me enguño estamos de el año 1642, y en el día 13 de agosto, fiesta en Nuestra Señora.

— ¿No os recuerda nada esta fecha.

— Nada, dijo el cabo, después de haber registrado todos los rincones de su memoria.

— Sois elvidadizo, cabo Trifon Ruiz. Id á echar vino en esos jarros, y bebed.

Un alabardero se acercó al tonel, y volvió á poner los jarros llenos sobre la mesa. El sargento llenó todos los vasos incluso el del cabo, que cada vez estaba mas admirado.

— Hace hoy cinco años día per día, y hora per hora, continuó don Cristóbal en voz alta, que hallándome en Méjico en compañía del cabo Trifon Ruiz que está presente, un hombre me prodijo que seria rey.

— Sea que el vino le hubiese vuelto la memoria, sea que solo pensara en distraer al sargento que gustaba de que le recordasen esta profecía, Trifon Ruiz exclamó dándose una palmada en la frente.

— Francamente, señor sargento, jempiezo á creer que ese pescado que hemos comido tiene mas meollo que yo. Ahora me acuerdo como si fuera ayer. Estábamos sentados, uno al lado del otro comiendo tranquilamente un plato de tomates y pimientos preparados por las mismas manos del ilustre Zaregny, primer cocinero de Méjico para guisar tomates. A los postres pedimos una botella de vino de Jerez.

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

A beneficio de la pareja Finart debe ponerse en escena en el teatro del Príncipe una comedia sacada de una ópera de Scribe con el título de *La Perla de Barcelona*: no dudamos de su buen éxito, pues el arreglo de esta produccion le ha hecho un jóven aplaudido diversas veces en la escena.

En el teatro de la Cruz debe estrenarse á la mayor brevedad una comedia con el título de *la Imprenta*.

Se ha prohibido definitivamente la representacion de *Los Misterios de Paris*, drama de Eugenio Sue, que debia ejecutarse en el teatro de la Porte Taint Martin.

POESIA.

LAS TUMBAS.

Vengo á regar con lágrimas tu suelo,
Lúgubre estancia de terror y luto,
Mi frente erguida levantando al cielo
Al Soberano Dios dando tributo.

Vengo huyendo del mundo tenebroso,
Do camino en mi triste desventura,
Cual por hediondo lago cenagoso
Débil barca camina á la ventura.

Aquí me postraré, ceniza fria,
Do quier inciertas pisarán mis plantas....
¿Qué terrible pensar que fuera un dia
El mundo lleno con familias tantas!!

Ven en las tumbas á leer desnuda
Infelice mortal tu propia suerte,
Bajo esas losas la verdad se escuda,
Levántalas, ¡oh Dios! verás la muerte.

Contempla en los sepuleros silenciosos
De aqueste asilo solitario y santo,
Los despojos de reyes poderosos
Que causa fueron de dolor y llanto.

Mira en polvo su brillo convertido
En pago á sus esfuerzos y á su gloria,
Entregados sus nombres al olvido,
O rápidos pasando en la memoria.

Sus tronos otros eien ambicionaban;
¿Qué se hicieron su prez y poderio?...
¿Los pueblos que sus nombres aclamaban?...
Vago camina el pensamiento mio.

¿Luegonada en el mundo es la hermosura,
La necia gloria, ni la pompa vana?
¿Si fétida, asquerosa sepultura,
Lo que hoy existe, eucerrará mañana!...

ISIDRO GIOL Y SOLDEVILLA.



TEATROS.

Cruz.

A las siete de la noche: Se pondrá en escena el drama nuevo, en cuatro actos y en verso, titulado: *EL GUANTE DE CORADINO*. Seguirá la pieza nueva en un acto, titulada: *EL QUE SE CASA POR TODO PASA*. Dando fin á la funcion con baile nacional.

Príncipe.

A las siete de la noche: La acreditada comedia de gracioso en dos actos, titulada: *EL SORBO EN LA POSADA*. Intermedio de baile nacional. Terminará el espectáculo con la comedia en un acto, titulada: *LAS ESPOSAS VENGADAS*.

Circo.

A las siete de la noche: *LOS INGLESES EN EL INDOSTAN*, gran baile en cinco cuadros.

IMPRESA DE BOIX